

# Alcances terapéuticos del humor

*Luis Landriscina*

**M**e pidieron hacer una charla, aunque yo no soy una persona erudita, sino simplemente alguien que comparte experiencias, y a partir de ellas, va generando humor; y he ido adquiriendo mucho conocimiento humorístico a lo largo de esta profesión que es un talento, un don otorgado por Dios; porque el ser gracioso no se aprende, es un don. No hay escuela para humoristas. Si no se tiene ese talento inicial, no hay salida posible. Y si se lo tiene, está en uno mismo administrarlo de una u otra manera.

A lo largo de todo este oficio de la sonrisa he tenido muchísimas experiencias muy gratas, y sin ánimo de ponerme “maestro ciruela”, ni cosa por el estilo, simplemente deseo compartirlas con ustedes, para que después puedan, con sus preguntas, manifestar sus dudas.

La gente que me conoce me habrá escuchado más de una vez decir que los humoristas —y si han leído reportajes que me han hecho lo he repetido hasta el cansancio— no estamos para inventar *aves-truces*. No funcionamos para taparle los problemas a la gente, para que vengan a reírse un rato y se olviden de los problemas. No, la misión del humorista es modificarle el ánimo. Al hacerlo, el problema que antes tenía adquiere otra dimensión. Si lo enfrenta con el ánimo en alto, el problema deja de ser tal. Esta es la función del humor. Y el humor se da en muchas cosas. Entre ustedes hay gente de medicina, y ustedes saben la importancia de la pre-

sencia de ánimo de un paciente. Si el hombre va con ganas de pelear el problema de salud que está pasando, el médico tiene un 50 por ciento a favor, pero si el enfermo está entregado, el médico tiene que volverse loco para resolver eso. Porque hay tipos que se internan para morir, y otros van para salvarse. Pero el humor sirve para todo. Si me permiten, voy a hacer hablar a gente mucho más importante que yo.

¿Escucharon hablar de un tal José Ingenieros? En *El Elogio de la Risa*, José Ingenieros dice: “No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reír, son contrabandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama, sólo aspiran a que la gran masa de inferiores los consagre hombres serios, saben que con ese pasaporte y sin bagaje de ningún género se puede llegar muy alto y muy lejos”.

Pero Elsa de Queiroz dice: “La risa se acabó porque la humanidad se entristeció, y se entristeció por causa de una inmensa civilización; cuanto más culta es una sociedad, más entristece su faz. Desde el momento en que hombre de acción y hombre de pensamiento son paralelamente tristes, el mundo, que es obra suya, sólo puede mostrar tristeza”.

Y Ling Yu Tang piensa y dice lo suyo: “El hombre moderno toma la vida con excesiva seriedad, y debido a que es demasiado serio, su mundo está lleno de dificultades. La importancia de la jovialidad nunca debe olvidarse, porque ella cambia la calidad y el carácter de toda nuestra vida cultural. La risa tiene una virtud purificadora, lo mismo tratándose de los individuos, que de las naciones. Quien posee

Luis Landriscina es humorista y narrador de usos y costumbres argentino.

el don de la jovialidad tiene la clave del buen sentido, de la sencillez de pensamiento, del humor apacible y de una acertada perspectiva del mundo". Creo que ahí están bastante más claritas las cosas.

Pero yendo al terreno del uso popular del humor, éste importa a tal punto que cuando el hombre se enfrenta con la muerte, que es una de las cosas a las que más le teme, trata de tener humor para enfrentarla. Es entonces cuando aparecen los cuentos de velorio. Aunque a ustedes les parezca mentira, uno de los lugares donde se suele contar cuentos es en los velorios, y yo he ido estudiando por qué sucede esto. He notado que es una forma de negar lo que se está viendo, de evadirse de esa realidad que es el final seguro de todo ser viviente. Porque si hay una cosa segura en la vida, es la muerte. Lo demás está por verse. Entonces, cuando se la tiene enfrente, se trata de escapar por el costado. Y bueno, con las "modernidades" se van perdiendo esos velorios de pueblo, "que se hacían en la casa del finado", donde había dos o tres ámbitos para estar, a veces el patio, a veces la cocina, y usted podía ver que en uno de esos grupos siempre había alguno contando cuentos.

El humor a mí me sirvió para abrir muchas puertas, para cambiar gestos. Yo iba, por ejemplo, a un teatro que se llama "La Coba", ahí en Martínez o en San Isidro; es un lugar muy cálido, muy especial, con gente que no se viste especialmente para ir, sino que va así como está no más, en su casa. Algunos hasta van en "short", en tiempo de verano. También va gente de embajadas. Ahí se juntan dos tipos de gente: la mujer, que es la entusiasta, seguramente la que sacó las entradas, y el marido, que estuvo toda la semana trabajando. La mujer lo está esperando para ir. "Tengo las entradas para ir a verlo a Landriscina", y el tipo no tiene ninguna gana de ir. Entonces va y se sienta, a lo mejor en primera fila y te pone cara de "a ver, hacéme reír", porque ése es el gesto, y entonces vos tenés por un lado la gente que viene buscando reírse, y el otro que va en sentido contrario. Cuando veo que ese tipo, que estaba con cara de asco, se ve obligado a reírse, yo crezco por dentro, porque estoy logrando mi objetivo; y cada vez que consigo que la gente estalle en una carcajada o que simplemente sonría, yo estoy logrando algo y me pongo como el pintor, a distancia, para ver en perspectiva si el cuadro que terminé de pin-

tar está como yo quería. Entonces, cuando alcanzo esto, ese humor que estoy generando para la gente se convierte en mi propia terapia. Porque a veces yo estoy al lado del escenario esperando que me anuncien para subir, anímicamente en muy malas condiciones, y a medida que voy generando humor, y viendo sus frutos, entro a compartir la alegría de la gente, y eso se convierte en mi propia terapia.

Pero quiero contarles una anécdota que para mí redondea lo que yo creo acerca de la importancia del humor en la vida cotidiana, en los gestos. Por ejemplo, yo menciono en uno de mis discos que para mí el primer cronista del humor fue el viajante de comercio. La gente joven no tiene ni idea de esto, pero tal vez los que tengan algunos años más se acuerden que antes, los viajantes de comercio iban por los pueblos vendiendo, a veces en auto. Yo soy de una provincia bastante más al norte, con muchos calores. Ir a venderle a un comerciante, que tuvo que levantarse del catre, a la siesta, con 40° ó 45° a la sombra, para abrir su negocio, y que encima, al abrir, el primero que aparece es alguien que le viene a vender a él..., hay que ser muy buen negociante... ¿Entonces que hacían los viajantes? Se hacían los simpáticos y se aprendían todas las historias de los pueblos e iban cambiando el cuento de lo que les pasó en Gral. Pinedo, luego en Charata, y de Charata llevaban la historia para Campo Largo, y de Campo Largo a Saenz Peña. Y algunos traían de Buenos Aires sus cuentos y los hacían reír a los tipos, a tal punto, que a veces esos señores que compraban de mala gana esperaban que viniera tal o cual viajante, porque era bueno para los cuentos. Fíjense las puertas que puede abrir el humor.

Para terminar voy a contarles lo que me pasó en la Base Marambio. Yo fui en una oportunidad a la base Antártida, invitado por la Fuerza Aérea. Era alguna hora de la tarde, una tarde que no se sabe si es tarde o qué, porque en noviembre hay pocas horas de la noche, y ni te das cuenta cuándo es la noche. Entramos a cenar, y me dicen que ya está amaneciendo; porque no te das cuenta, en verano es todo luz, como en invierno es todo noche. Entonces me llevaron a la sala de radio para comunicarnos con todas las bases de las Fuerzas Argentinas en la Antártida, y allí, por radio, y apretando un pulsador, yo tenía que hablar.

Me comunicaron con todas las bases, juntaron las dotaciones para que hiciera por radio lo que suelo hacer arriba de un escenario. Y comencé a contarles un cuento detrás de otro, teniendo el aliciente de la risa de los que estaban conmigo, pero yo no sabía lo que pasaba del otro lado. En un momento dado, desde un barco, pidieron permiso para entrar en frecuencia. No era un barco de bandera argentina, pero eran latinos, y luego se incorporó otra base más. También pidieron permiso de una base chilena. Y más o menos a la media hora, desde una base argentina, la Base de la Marina General Manuel Belgrano, me dijeron: "Mientras usted descansa, Landriscina, y toma un poco de agua, nosotros le vamos a contar una historia: Los que estamos en esta base, hace un año que tendríamos que estar en casa con nuestra familia; pero el año pasado no entró el rompehielos, porque había inconvenientes, y entonces nos dejaron acá. Y estamos cumpliendo, pero se imagina, hace dos años que no vemos a nuestros seres queridos. No le queremos contar lo que venimos soportando para convivir encerraditos, rodeados de hielo y de nieve, con las caras repetidas, con unos rostros en los que no hay sonrisa desde hace mucho tiempo. Y se produjo el milagro cuando usted comenzó a hablar. Después de tanto tiempo los hombres de la Base General Belgrano volvimos a sonreír. Quien le habla es el médico de la dotación, así que me comprometo ante usted, que si Dios me da vida para volver al continente, si me invitan alguna vez a un congreso médico, voy a proponer como única terapia para todos los males físicos del hombre, el humor". Entonces yo me quedé sin habla, porque me di cuenta de que ese momento había sido muy importante, pero no por mí, sino por lo que yo hacía, y lo que yo hacía era nada más que humor.

Eso sí, trato de que mi humor sea de buena madera, un humor que no pierda de vista el buen gusto. Y en mi caso, que no pierda de vista los regionalismos que represento a través de cada uno de los paisanos que están en mis cuentos. Creo que este testimonio, que tengo en un libro escrito como anécdota, un libro en el que están mis cuentos y algunos de mis versos, me libera de todo otro comentario acerca de la importancia del humor en la vida. O si ustedes quieren llegar al título medio "pomposo" que le pusieron: "Alcances terapéuticos del humor". Aho-

ra los libero a ustedes para preguntar o comentar algo; estamos para eso.

### Preguntas del público

**P:** *¿Pasó algún día de su vida sin contar un cuento?*

**R:** Sí, fue acá. Cuando estuve internado no tenía ganas de contar cuentos.

**P:** *El humor que usted transmite está muy relacionado con lo regional, ¿cree que el hecho de apuntar hacia esto tiene que ver con el bienestar de la cultura?*

**R:** Soy un defensor a ultranza de la tradición oral como uno de los vehículos más importantes de defensa de la identidad. Porque con esto de la globalización de los medios estamos perdiendo de vista la identidad. Primero regional y después a nivel nacional. Ayer realizamos un acto en el Luna Park, con Eduardo Falú, Ariel Ramírez, Horacio Guarani, Sergio Denis y Tarragó Ros. Este acto se realizó a beneficio de la Fundación Favaloro. Al terminar, el Dr. René Favaloro habló desde el escenario, haciendo ver la falta que hace que nuestra música argentina aparezca más seguido en la televisión.

Inmediatamente después nos hicieron un reportaje. El periodista, haciendo alusión a las palabras del Dr. Favaloro, hizo la siguiente reflexión: "Creo que la ciencia hoy está tan avergonzada, que pronto se dará la circunstancia de que los turistas que llegan al país, en vez de bajar en Ezeiza, podrán llegar en helicóptero hasta el techo de su hotel, o podrán bajar directamente en el centro, en calle Florida o Lavalle. Si al turista no le dicen dónde está, nunca se va a enterar de que está en la Argentina, ni siquiera se va a dar cuenta de que está en América Latina. ¿Por qué? Porque la música que escucha no es argentina y porque las inscripciones de las remeras de los jóvenes no están en castellano".

Esto es un problema serio. Se habla de los beneficios de la globalización y estoy de acuerdo con eso, pero nunca a costa de perder la identidad. Cuando uno participa en un club, para convivir en armonía con los demás miembros no es necesario cambiarse el apellido. Uno sigue llamándose García, Pérez, Rodríguez, Fitorelli o Landriscina. Se aprende a convivir sin perder la identidad. Lo mismo sucede con la cultura universal. Está bien, se

consume cultura universal, pero nosotros siempre pensamos que no tenemos una cultura propia para “universalizar” a los demás. En realidad yo creo que sí tenemos cultura para “universalizar”. Si el caso fuera un intercambio de culturas, entonces sí, la cosa se pondría más grata. Yo no creo que a ninguna persona del mundo le guste conversar con gente “híbrida”, y peor, que no sepa lo que es.

Termino de redondear esta respuesta. Defender los acentos propios de cada región es defender el principio de la identidad. ¿Cómo sabés vos que un tipo es santiagueño? No solamente por

sus rasgos físicos, sino por su acento identificable al hablar. Lo mismo sucedería cuando habla un mendocino, un correntino, un entrerriano, ni te digo si es un cordobés, es un sello en la frente. Y esas cosas contribuyen a que se sepa el origen de la persona, y tratándose de humor, hacen más grata la conversación, la narración o el relato.

**P:** *Usted hace reír a la gente. ¿Hay alguien que lo haga reír a usted? ¿Cómo disfruta? Porque cuando está hablando lo hace en forma seria y solamente de vez en cuando se ríe.*

**R:** Hace un momento me dieron un papelito, donde dice algo que no es la primera vez que me lo dicen: que les gusta mucho el programa de Radio Nacional, pero que tenemos que reírnos menos, “porque no se entiende lo que dicen”. Yo traje un personaje a Radio Nacional que se llama “Doña Jovita”. Es una creación de un muchacho agrónomo, un tipo encantador, que a partir de su propia abuela Jovita creó este personaje. Este muchacho estuvo en la universidad haciendo estudios de musicología, y haciendo un relevamiento de la música espontánea y esencialmente folklórica de la sierra. Nosotros lo llamamos como si fuera Doña Jovita, porque nos olvidamos de que es un tipo. Yo disfruto tanto que me paso de “rosca”, me “tiento”, y como me decían en esa notita, es cierto, nos reímos

“

*Trato de que mi humor sea de buena madera, un humor que no pierda de vista el buen gusto. Y en mi caso, que no pierda de vista los regionalismos que represento a través de cada uno de los paisanos que están en mis cuentos.*

”

tan fuerte que por ahí no se la escucha a la vieja, o el final del cuento. Yo soy de “tentarme” cuando me hacen reír.

Hay cosas que no me hacen reír para nada, aunque alguien intente hacer humor; a mí el humor grosero, por ejemplo, no me gusta, no me mueve para nada, es más, me disgusta mucho. Pero si usted me pregunta: “Si usted llegara de trabajar, o de un viaje, y se baña y sale de vuelta para ver un espectáculo, ¿a quién iría a ver?” y yo le diría, sin lugar a dudas: A *Les Lutiers*. Para mí es lo máximo que tenemos. Yo me río con Calabró, con Gasalla, con Pinti, si bien él mismo dice: “Yo

soy un tipo de decir malas palabras, así que si no las quieren escuchar vayan a verlo a Landriscina”. Él mismo lo dice en el escenario, pero es un tipo con talento. Hay gente que a veces dice malas palabras porque no tiene otro argumento. Pero hay mucha gente que hace humor que a mí me gusta mucho. Yo no tengo problemas para reírme. Puedo superar una grosería si estoy solo, pero si hay otras personas, si hay mujeres, me pongo muy violento; entonces eso se me vuelve en contra: en vez de hacerme reír, me disgusta.

**P:** *Me parece que una de las cosas de las que más nos reímos los argentinos es del otro, nos reímos de los demás, ¿por qué pasa esto?*

**R:** Creo que es algo universal. Vos vas caminando, ha llovido, la calle es de tierra, hay una cuneta con agua y saltás, y en vez de afirmar bien el talón, seguís de largo. Si sos una mujer y vas con pollera y quedás “patas pa’ arriba”, para vos es una desgracia, pero al otro le produce una carcajada. Eso es una hermosura, y además hay una cosa muy natural. El mismo que te va a venir a ayudar a levantarte no se aguanta la risa, y no puede hacer fuerza porque está muerto de risa. Porque es inherente al humano reírse, no sé si de la desgracia ajena, pero de lo que produce el otro. Las cosas que hacemos que generan humor sin que para nosotros sean graciosas, las hacemos inocentemente, porque desco-

necemos tal o cual cosa, porque no sabemos tal o cual otra, y entonces eso genera una situación risueña, graciosa para los otros, pero no para vos. Y es parte, creo, de la condición humana; pero de cualquier manera trato siempre de trabajar más con la cultura o por lo menos con la referencia de reírme con la gente y no de la gente, porque es más saludable. No hago chistes políticos, ni tampoco de religión, ni de fútbol, porque son los tres elementos más irritativos para los latinos, y el fútbol para el argentino más.

Por ahí le tocás la “vieja” al tipo y no salta tanto como si le tocás su club de fútbol. Hay dos grandes equipos que siempre se llevaron como perro y gato, que son River y Boca. Si yo cuento algo en lo cual los hinchas de River quedan bien a costa de los de Boca, los de River, encantados, pero los de Boca se han sentido usados, y lo primero que van a decir es: “¿y éste, qué se mete con nosotros?” Porque eso es algo que genera anticuerpos; los tipos que compraron una entrada para verme a mí, al ratito los tendría en contra, dirían: “¿de dónde salió el gil este?” Porque no les gusta que se metan con sus amores, sus pasiones. Entonces me cuido mucho, porque no me gusta usar una parte del público de “partenaire” para que se ría la otra parte. Trato de que salgan todos conformes, es mi filosofía del humor, que no es la única, ni es la verdadera, ni la mejor. Es la mía; trato de lograr que quede conforme la mayor cantidad de gente posible. Creo que ésta es la cuestión, por lo menos es lo que yo creo.

**P:** *Darí­a la impresi3n de que cuando una persona es m1s culta, menos se ríe. ¿Le pas3 esto en su “show”?*

**R:** Tiene m1s temor de reírse. SÍ, tuve una experiencia, hace poquito, en julio. Suelo donar tres o cuatro actuaciones antes de la que voy a hacer de estreno. Voy gratuitamente porque las uso de “ablandamiento”, de “bancos” de prueba, entonces lo lógico es que las done. Y a uno de esos lugares acudía gente de “paladar negro”, y tenían temor y pudor de reírse. Son los que confunden solemnidad con

“

*El nivel medio de inteligencia del argentino es bastante bueno. Esto hace que el tipo sea ocurrente, lo que no quiere decir que necesariamente tenga sentido del humor.*

”

dignidad, y la solemnidad no agrega dignidad a las cosas; es solemne no más; y yo creo que la solemnidad es para los templos, para cuando se está en comuni3n con Dios, para las cosas que hay que respetar. Por ejemplo, yo me emociono auténticamente cuando canto el Himno Nacional o cuando veo trepar la bandera; ahí soy, no sé si solemne, pero sí casi místico. Nosotros, los argentinos, somos muy solemnes y tenemos mucho miedo a lo que preguntaba esta chica. ¿Por qué nos reímos del otro? Porque tenemos miedo al papel3n. Entonces, por ahí tiene ganas de largar una carcajada, pero piensa “no sé si quedará bien”. Es algo muy nuestro, pero no creo que esté muy equivocada la persona que dice que cuando alguien se pone más culto, se pone más serio.

**P:** *¿Qué opina del hecho de reírse de sí mismo?*

**R:** Creo que es una de las ejercitaciones del alma más importantes, lo cual permite que ésta se agrande. Cuando la gente me pregunta: ¿quién tiene, en la Argentina, más sentido del humor? Yo le contesto, invariablemente, el santiagueño; es el único que se ríe de sí mismo. El único que cuenta cuentos de santiagueños es el santiagueño. Todos los cuentos que sé de los santiagueños me los han contado ellos, porque en el fondo saben quiénes son realmente. Cuando uno no está seguro de quién es, ahí es cuando le molesta lo que dice el otro; al santiagueño, no. Otro que se ríe de sí mismo es el judío; un tipo que hace bromas con sus propias cosas, con sus tragedias; y quizás también algo el cordobés.

El nivel medio de inteligencia del argentino es bastante bueno. Esto hace que el tipo sea ocurrente, lo que no quiere decir que necesariamente tenga sentido del humor. Sentido del humor no es tan sólo hacer una broma al otro, sino aceptar de buen grado la broma que me hace el otro a mí. Eso es tener sentido del humor, y acá no estamos muy preparados para eso. Creo que hay muy poca gente que se ríe de sí misma. Cuando propongo hacer un repaso

y reflexionar sobre el pasado, en época de fiestas como Navidad y Año Nuevo, hago una suerte de ensayo de mirarse al espejo, para que la gente se vea y se sonría, sin agresividades, porque a veces hay espejos crueles. Trato de que el espejo sea amable, para que uno se reconozca. Toco puntos exactos en los que concurrimos todos, como el caso de los turrones que no hemos comido en Navidad; los dejamos “de canto” en la puerta de la heladera, y como no los comimos en Navidad, después ya no los comemos más. Porque si no es Navidad no se come turrón, y ahí se quedan esos turrones. Ese es un lugar común de los argentinos. Después yo me meto con las exageraciones que se hacen en Navidad, cuando en lugar de celebrar el advenimiento del niño Jesús, una fiesta de fe, se hace una fiesta gastronómica, y nosotros comemos como si fuera la última vez. En vez de celebrar modestamente, se hace una “festichola” donde algunos mueren en la empresa de ver cómo se termina con todo lo que hay. Bueno, son espejos para intentar aprender a reírnos de nosotros mismos, y mucha gente lo ha logrado. Lo que sí trato es que no sea con crueldad, porque a veces hay humoristas que hacen una pintura de nosotros pero bastante más cruel y entonces la gente en vez de reírse placenteramente, se ríe por “shock” nervioso, que también es una forma de reírse.

**P:** *¿Cuáles son las formas diferentes de reírse? Pienso que en su humor, algo que interesa mucho a la gente es el amor por los caracteres que está describiendo, su actitud comprensiva, incluso cuando cuenta desgracias. ¿Esto provoca una risa diferente?*

**R:** Lo que pretendo es ser amable y que usted disfrute. Trato de hacer con la gente lo que me gustaría que hagan conmigo. Por eso le dije sin ninguna duda, que después de haber manejado mil kilómetros, me baño y salgo a comprar una entrada para ir a ver a *Les Luthiers*. Porque tengo la seguridad de que habrá un derroche de ingenio, sobre todo de buen gusto, y que no va a haber golpes bajos, donde me tenga que poner nervioso porque estoy al lado de una señora, o al lado de mi nuera, lo cual me ha pasado.

“  
*La narración requiere,  
para mí, un poco de  
ingenio, y no  
subestimar la  
inteligencia del que  
escucha.*”

”  
Tengo dos hijos varones y a veces van con mis nueras a cenar, y veo cosas de televisión que no sé con qué cara mirar a mi nuera, porque son mujeres, y entonces me pongo mal. No sé, ustedes pueden pensar: “éste está criado a la antigua”, pero estoy orgulloso de que me hayan criado así, porque es una educación que no tiene nada que ver con la instrucción. Una educación en la cual me instalaron valores que trato de que permanezcan, por lo menos en mí, aunque ya casi no están en la gente. Respetar esas cosas, y reírme placenteramente, es lo que trato de buscar. No voy a un lugar donde me puedan agredir, o me quieran usar de “partenaire” para que se rían otros. Eso es lo que trato de hacer con la gente, que se vaya habiendo disfrutado. Incluso trato de usar el equilibrio para que el humor llegue a jovencitos de quince, diecisiete o veinte años, pero que le llegue también al papá, y si vino con un hermanito de ocho años, que tampoco quede fuera de contexto, que el cuento no sea tan adultamente descripto, como para que no lo entienda el chico y que no sea tan infantil como para que el abuelo quede fuera de contexto y se sienta un idiota.

Creo que tratar de ser equilibrado es un desafío y se debe intentar que toda la familia disfrute junta, sin que nadie moleste al otro, y sin que nadie se tenga que poner colorado. Es mi concepto del humor, Pero insisto, no es el único y no creo que sea el mejor; simplemente es el mío.

Trato de hacer lo mío lo mejor que puedo, y acá tengo que hacer referencia a un amigo que se me fue hace poco, don Juan Manuel Fangio. Hay algo suyo que repito siempre: “En la vida, en lo que te toque hacer, por todos los medios tenés que tratar de ser el mejor, pero guarda con creértelo”. Esto le puede servir a cualquiera, para cualquier cosa.

**P:** *Así que, don Luis, ¿habría un humor transgresor que no sería restaurador de la salud y un humor que no es transgresor, como el que usted utiliza, que tiende a restaurar el alma del individuo?*

**R:** Cuando veo determinados programas en los cuales se toma a alguien que anda desprevenido por

la calle ya sea con una cámara oculta o con tres o cuatro cómplices, y veo que se aprovechan de un hombre, una mujer o una persona mayor para que se ríandose millones de personas a la noche, por una cuestión de “rating”, no me causa gracia. Es más, me pongo muy violento y cambio de canal. No los miro porque me hace mal, porque eso es aprovecharse de la inocencia de la gente y no creo que eso sea un humor lícito, pues está hecho a costa de una persona desprevenida que anda con sus problemas por la calle a quien se la toma para que sea objeto de la risa irrespetuosa de la gente.

**P:** *Quisiera que usted me cuente, si a usted le ha pasado, lo que he experimentado con respecto de sus cuentos en general. Conozco mucha gente que a veces escucha esos cuentos y después quiere contarlos, y cuando lo hace son tan largos que uno se aburre tanto. Y resulta que cuando terminó, no pasó nada en todo el cuento, entonces la persona se siente mal, porque no ha transmitido nada, y el que escuchó se siente peor porque perdió el tiempo.*

**R:** Y..., lo hago así a propósito, para que no me imiten. Vamos a partir de una base. Para empezar, no tengo apuro por hacer reír. Porque el énfasis lo pongo en lo que narro, y lo que tengo como objetivo es que la gente vea con lo que yo dibujo en el aire con palabras; por eso hablo de “narrador de usos y costumbres”. En síntesis, cuando vas a hacer un viaje, si el viaje no es entretenido, el pueblo donde vas queda lejos, lo mismo un cuento. Yo trato de que la narración tenga tantos matices que el final sea una “yapa”, no un objetivo en sí mismo. Llegar al pueblo es lo de menos, porque el viaje fue entretenido, y en ese viaje te estoy contando otras cosas que quizás no son graciosas, pero que te sirven. En uno de los cuentos que voy a contar mañana, hablo de un peón “golondrina”, que no sé si era casado, pero tenía mujer y tres hijos. Entonces, el peón “golondrina” se va, y la mujer queda con los hijos. El hombre lleva tres o cuatro meses afuera; eso, automáticamente, en un público suspicaz..., imagínense... cuatro meses afuera..., pero antes que la gente piense mal, yo digo: “pero ella era buena

“

*La sonrisa es la resultante de la complicidad entre el humor y la inteligencia.*

”

compañera y sabía guardar su ausencia, pero no sólo por respeto al marido, sino por respeto a ella misma”. Después sigo contando el cuento, pero ya dejé mi filosofía en esa frasecita. A veces en un cuento podés decir cosas tan importantes como un final gracioso. Por eso es que a veces me detengo en la narración.

**P:** *Usted ha dicho hace un momento que no tiene apuro por hacer reír y ha contado también algunas experiencias, en las cuales la risa ha sido una respuesta esperada, como ésta, que le pasó en el Sur. Sin embargo, quisiera su opinión en este sentido: ¿usted entiende que no hay un paralelismo entre la risa y el sentirse bien?*

**R:** No, porque hay distintos tipos de risa. La risa que se genera por el “tortazo” en la cara —esas tortas de crema— causa gracia, pero no deja nada. ¿Qué deja? ¿Hubo ingenio para eso? No, hubo torpeza de uno para poner la cara y puntería del otro para “chantársela” en el medio. Entonces, por supuesto, hay tipos de humor que son exclusivamente mímicos. Estuve viendo el otro día por canal 13 a un tipo que ponen cada vez que les queda corto el programa y les sobra un espacio. Un tipo que hace todo con mímica y me parece genial. El tipo no dice una sola palabra, son todos gestos, y es otra manera de hacer reír. Pero se maneja sobre el absurdo, cosas que hace torpemente. La corbata le queda enganchada con una señora que va yendo más adelante y él va apurado porque la mujer le lleva la corbata, y hay una serie de cosas, pero son los que llaman “gags” cómicos, a partir de cuestiones visuales, y es otra forma de risa. Pero siempre son hechos sobre la base de torpezas. La narración requiere, para mí, un poco de ingenio, y no subestimar la inteligencia del que escucha. Cuando subestimamos la inteligencia del oyente entramos en terreno peligroso; además acepto que la disciplina que yo desarrollo es la disciplina que más se presta para el mal gusto.

Difícilmente se pueda bailar torpemente “El Lago de los Cisnes”; no se puede hacer cómicamente. No se puede ejecutar “La Polonesa” con acordeón “verdulera”. Yo creo que lo que lo que más se

presta para el mal gusto es el humor, y yo trato, en lo posible, de hacerlo de “buena manera”. Siempre lo comparo, tal vez por una cuestión de cristianismo, con el oficio del carpintero. Cuando un carpintero le miente con la madera que le prometió a su cliente no estafa al cliente únicamente; estafa al oficio, porque por culpa de ese señor, después se desconfía de todos los carpinteros. Entonces, en lo que a mí me toca, yo intento hacer lo imposible para defender el humor como oficio, para intentar la sonrisa, pero con armas nobles, limpias. Por eso insisto en que quien va a subir a un escenario a expresarse, ya sea bailando, cantando o actuando, tiene que saber de antemano que lo suyo debe tener un mensaje estético, de lo contrario no debe subir, y la única posibilidad del mensaje estético en el humor de escenario, es el buen gusto, no hay otra.

**P:** *¿Qué diferencia hay entre la risa y la sonrisa?*

**R:** La sonrisa es la resultante de la complicidad entre el humor y la inteligencia. Está la risa, la sonrisa y la carcajada. La carcajada casi siempre es cuando la sorpresa va más allá de lo que esperábamos, y a veces por esas cosas grotescas, como por ejemplo del tipo que viene caminando y mete la pata en un balde, o se tropieza y se cae; esas cosas que sorprenden. Cuando éramos chicos, nos sorprendían los payasos. Nosotros por ahí sabíamos que venía el “sopapo”, aunque intuíamos que no le pegaba, pero nos parecía que le pegaba. El chico vivía en esa fantasía de todas esas cosas, de todo ese mundo que nos inventaban los payasos, y ahí se daban las carcajadas. Pero yo creo que la sonrisa inevitablemente es hija de estas dos convergencias: el humor y la inteligencia. A veces la sonrisa suele ser mucho más gratificante que la carcajada.

**P:** *No sé si usted se ha dado cuenta, pero cuando uno relata cuentos de costumbre, muchas veces nos transportamos hacia el pasado, que nos da una sensación de nostalgia y reminiscencia. Yo quisiera saber si usted pretende un objetivo científico con esto, para provocar también la reflexión y encontrarnos con nosotros mismos, con nuestras raíces y con lo que ya se perdió de nosotros mismos, con aquellas costumbres que solamente recordamos a través de los cuentos.*

**R:** Sí, tengo un objetivo muy claro y es precisamente contarle a la gente más joven cómo eran antes las cosas. Contarlo sin solemnidades, sin puntero y pizarrón. No puedo ponerme en la posición del “maestro ciruela”, sino aprovechar el vehículo del humor para decir estas cosas, porque creo que estamos perdiendo de vista el sentido del “pionerismo” que han tenido nuestros viejos, que tantos esfuerzos hicieron para lograr tantas cosas. La vez pasada hablé para unos 850 ó 900 jóvenes agropecuarios en el norte de Santa Fe, y les dije: “vamos a tener que volver a la cultura de los abuelos”. Con esto quise expresarles que “volver a la cultura de los abuelos” es pensar que nuestros viejos, cuando vinieron, no tenían caminos, no tenían camiones, camionetas ni tractores. Lo único que se compraba en el pueblo era lo que no se podía generar en la casa. Entonces yo les decía que me parecía que era importante y además intolerable saber que teniendo cien o doscientas hectáreas, hubiera que comprar la verdura en el pueblo, comprar la leche en “sachet”, teniendo la vaca en el campo. Estas cosas creo que hay que volvérselas a contar a los jóvenes, porque por ahí pierden de vista todo el esfuerzo que le costó a los viejos nuestros llegar a esta calidad de vida que hoy se tiene, que ellos no tuvieron, y que lo hicieron posible con mucho menos recursos. No había radio, TV, diversión, cines ni médicos, y así se hizo igual el país. Entonces creo que el humor es uno de los vehículos más potables para decir las cosas. Por supuesto que tiene intencionalidad.